



## Museo interior

María del Valle Rubio

Unicaja, Cádiz, 1992

106 páginas

CON este libro, María del Valle Rubio Monge (Chucena, Huelva, 1935) obtuvo el premio Rafael Alberti de 1991. Un año después, consiguió el III premio San Juan de la Cruz por «La hoguera infinita». Todo ello viene a demostrar que su obra, poco a poco, está siendo reconocida y difundida en otros ámbitos, no meramente regionales. Autora de siete poemarios, su mundo creativo se ha intensificado, desde el primerizo «Aciagas estaciones» (1981) hasta «El tiempo insobornable» (1990), con la búsqueda de una poesía como refugio contra la soledad (del mundo y de sí misma), reflexión constante sobre la «incertidumbre de vivir». Por la estructura y contenido de sus obras («Residencia de olvido», 1983; «Clamor de travesía», 1986; «Derrota de una reflexión», 1987; además de las ya referidas) se constata una lírica meditativa, plagada de símbolos personales (casa, tarde, agua), con el eje del sueño y la piedad cotidiana como indagaciones en la «primera verdad del universo».

Ésta ahuyenta el grito, el sufrimiento del regreso, tras el olvido: «Volver es un dolor cuando nadie te espera». La declaración de intenciones de la escritora encierra toda una defensa del «intimismo itinerante» —así figura al frente de un poema—, ansias de romper el lugar del silencio y encontrar definitivamente ese «personaje fiel» que nos habita, todos los astros y cuerpos de la naturaleza que conforman el ser. Una poética nacida del compromiso con el tiempo —su tiempo— y la materia.

La nueva entrega, que recuerda, por su título, a «Museo de cera» de José María Álvarez y al culturalismo, esboza —por contra— un cambio importante: representa las cosas ausentes («artífice de signos y sueños») en una nueva voluntad reveladora de esas «viejas verdades nuevas». Si antes la introspección se lo graba con imágenes y símbolos de la palabra, ahora las «galerías» y «bocetos» perfilan un cuadro —«arte sin destino»— con el que salvar las inquietudes emocionales. En cierta manera, es la misma fórmula que propugnaba Pierre Reverdi, en 1919, al relacionar pintura y poesía. Lo propio de la poesía ha sido separar, para crear, las relaciones que mantienen las cosas: «Los pintores han aplicado este medio a los objetos, y, en lugar de representarlos, se han servido de las relaciones que descubrían entre ellos. Resulta que es una reformación en lugar de una imitación o una interpretación». La también profesora Valle Rubio —al igual que el cubista francés— ha creado un tipo de «poesía plástica» no repetitiva, donde todo depende de la «naturaleza del espíritu». Las salas y dependencias de este museo personal de retratos no sólo ofrecen impresiones pictóricas, sino también «inmortales», famosos del celuloide y la literatura, hermanados en un sólo objetivo: superar la impasibilidad de la imagen.

Dentro de un edificio (volumen) de realidades notables, la pasión se prolonga en el arte; los encabalgamientos abruptos y el ritmo entrecortado se imbrican en la sugerencia del mensaje, en formas y pinceladas del espejismo que supone el intento de perfección artística. En ese empeño —metafísica de la representación, policromía de luces y sombras en los sueños de belleza— se encuentra el mejor logro de estos versos.

José María BARRERA